

**TEXTOS Y ORACIONES
PARA LA CATEQUESIS DEL
PRECATECUMENADO**

Diócesis de Getafe

TEXTOS Y ORACIONES PARA EL PRECATECUMENADO

-Dióceis de Getafe-

Autores:

Alberto Velasco Esteban

Julio González Pozo

Enrique Santayana Lozano

Lo que ofrecemos a continuación es un anexo a las **“Catequesis para el Tiempo del Precatecumenado”**.

Se trata de una pequeña selección de textos y oraciones destinados a los que se acercan al Evangelio por primera vez y que siguen dichas catequesis.

Son los textos bíblicos sobre los que gira cada una de las catequesis, algunos otros textos de autores diversos, especialmente de los “padres de la Iglesia” y algunas oraciones.

La finalidad es que los que siguen las catequesis del precathecumenado puedan volver sosegadamente, de forma personal, a los textos bíblicos y tengan un instrumento para la reflexión y la oración.



Las cosas inanimadas “no pueden excitar nuestros afectos, sino que estos se refieren siempre a personas. Si según los casos sentimos responsabilidad, vergüenza, temor por la trasgresión de la voz de la conciencia, ello implica que hay Uno ante quien somos responsables, ante el cual nos sentimos avergonzados... Si al obrar mal sentimos las mismas lágrimas y nos domina el mismo dolor desgarrador que sentimos cuando hemos dado un disgusto a nuestra madre; si al obrar el bien nos alegramos con la misma soleada serenidad espiritual, el mismo gozo de satisfacción y de paz que sentíamos ante la alabanza de nuestro propio padre, no podemos dudar de que tenemos dentro de nosotros la imagen de alguna persona hacia la cual se dirige nuestro amor y nuestra veneración, en cuya sonrisa encontramos felicidad, por la cual suspiramos y hacia la cual dirigimos nuestras súplicas, cuya ira nos turba y nos consume... Nadie tiene remordimiento o dolor de corazón ante un caballo o un perro. Nadie tiene remordimiento o compunción por haber quebrantado una ley meramente humana. Pero la conciencia es capaz de excitar todas estas dolorosas emociones de confusión, temor, condenación de sí mismo; o por el contrario derrama sobre nosotros una profunda paz, un sentimiento de seguridad... Dice el poeta: “Huye el malvado cuando nadie lo persigue” ¿Por qué huye? ¿De dónde procede su temor? ¿A quién ve él en la soledad, en la oscuridad, en los negros aposentos de su corazón?”

(J. H. Newman)

“Si uno ha caído en una inmoralidad, tiene un vivo sentimiento de responsabilidad y culpabilidad, aunque no se trate de una falta social; un sentimiento de angustia y aprensión, aunque se trate de algo que le es útil; un sentimiento de pena y compunción, aunque se trate de algo que en sí mismo es placentero; un sentimiento de confusión aunque no haya habido testigos”

(J. H. Newman)

No poder ser satisfechos por cosa terrena alguna. Considerar la amplitud inestimable del espacio, el número y la mole de las estrellas, y encontrar que todo es poco, pequeño para la capacidad del alma, imaginarse el número de mundos infinitos y el universo infinito y sentir que nuestro ánimo y nuestro deseo, son aún más grandes que el universo y acusar siempre a las cosas de insuficiencia, de nulidad, y sufrir la carencia, el vacío y el aburrimiento, me parece a mí el mayor signo de grandeza y de nobleza que vaga en la naturaleza humana.

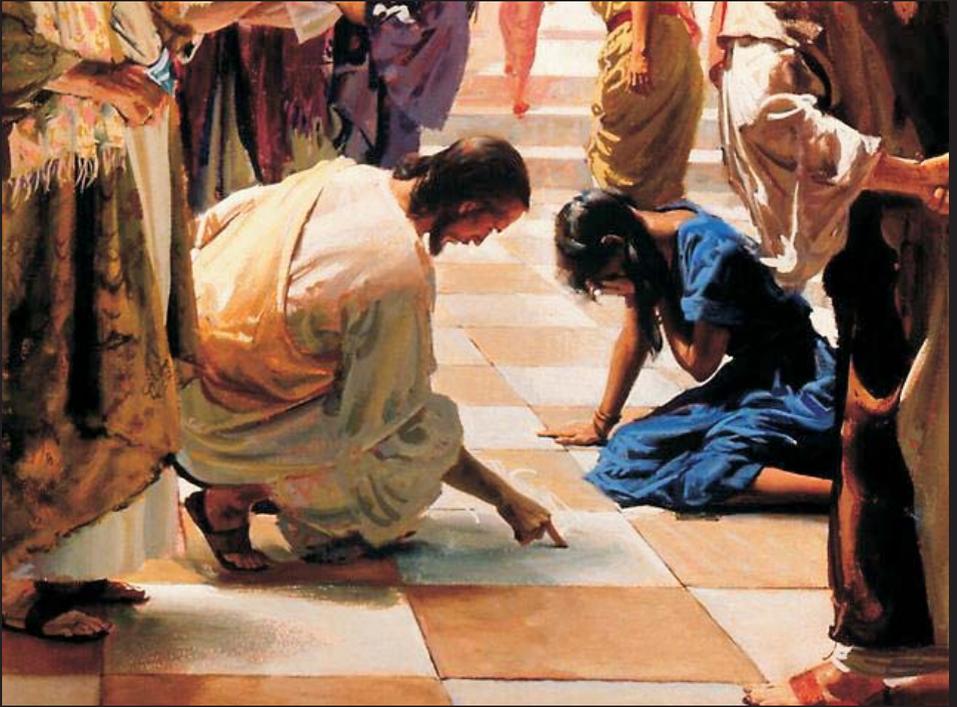
(Leopardi)

De madrugada se presentó Jesús otra vez en el Templo, y todo el pueblo acudía a él. Entonces se sentó y se puso a enseñarles. Los escribas y los fariseos le llevaron una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú, qué dices? Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”. E, inclinándose, siguió escribiendo en la tierra. Ellos, al oír estas palabras se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. Incorporándose Jesús, le dijo: “Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?” Ella respondió: “Nadie, Señor”. Jesús le dijo: “Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más”.

(Jn 8,1-11)

“El Señor desea abrir en vosotros un camino por el que pueda penetrar en vuestras almas y hacer su viaje.... El camino por el que ha de penetrar la Palabra de Dios consiste en la capacidad del corazón humano. El corazón del hombre es grande, espacioso y capaz, como si de un mundo se tratara... Mira que el corazón del hombre no es algo pequeño. Comprende que su grandeza no reside en las dimensiones físicas, sino en la fuerza de su pensamiento, capaz de abarcar el conocimiento de tantas verdades... Prepara un camino al Señor mediante una conducta honesta, y con acciones irreprochables allana tú el sendero, para que la Palabra de Dios camine en ti sin obstáculo”

*(Orígenes,
Homilías sobre el
Evangelio de S. Lucas)*



Catequesis 1:

**“Convertíos,
porque el Reino de los Cielos ha llegado”**

Oración de san Anselmo

*“Deja un momento tus ocupaciones habituales;
entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos.
Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes;
aparta de ti tus inquietudes trabajosas.
Dedícate un rato a Dios y descansa un momento en su presencia.
Entra en el aposento de tu alma;
excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle;
y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de él.*

*Di, pues, a Dios: "Busco tu rostro, Señor, anhelo ver tu rostro".
Y ahora, Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo
buscarte, dónde y cómo encontrarte.
Señor, sin no estás aquí, ¿dónde te buscaré, estando ausente?
Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia?
Cierto es que habitas en una claridad inaccesible, pero
¿dónde se halla esa inaccesible claridad?
¿Cómo me acercaré a ella?
¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella?
Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgos te buscaré?
Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío; no conozco tu rostro.
¿Qué hará, altísimo Señor, este tu desterrado, tan lejos de ti?
¿Qué hará tu servidor, ansioso de tu amor, y tan lejos de tu rostro?
Anhela verte, y tu rostro está muy lejos de él.
Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible.
Arde en el deseo de encontrarte, e ignora dónde vives.
No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro.*

Señor, tú eres mi Dios, mi dueño, y con todo, nunca te vi.
Tú me has creado y renovado,
me has concedido todos los bienes que poseo,
y aún no te conozco.
Me creaste, en fin, para verte,
y todavía nada he hecho de aquello para lo que fui creado.
Entonces, Señor, ¿hasta cuando?
¿Hasta cuando te olvidarás de nosotros, apartando de nosotros tu
rostro?
¿Cuándo, por fin, nos mirarás y escucharás?
¿Cuándo llenarás de luz nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro?
¿Cuándo volverás a nosotros?
Míranos, Señor; escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros.
Manifiéstanos de nuevo tu presencia para que todo nos vaya bien;
sin esto todo será malo.
Ten piedad de nuestros esfuerzos y trabajos para llegar a ti,
porque sin ti nada podemos.
Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca;
porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes,
y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas.

Deseando te buscaré,
buscando te desearé,
amando te hallaré
y hallándote te amaré.



Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: “Convertíos porque el Reino de los cielos ha llegado”.

(Mt 4,17)

Marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed la Buena Noticia”

(Mc 1,15)

Vino [Jesús] a Nazaret, donde se había criado, entró, según su costumbre, en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías donde estaba escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y a los ciegos la vista, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar una año de gracia del Señor.»

Enrolló el volumen, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy.» Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca.

Y decían: «¿Acaso no es éste el hijo de José?». Él les dijo: «Seguramente me vais a decir el refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaum, hazlo también aquí en tu patria.» Y añadió: «En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria.»

«Os digo de verdad: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses y hubo gran hambre en todo el país; y a ninguna de ella fue enviado Elías, sino a una mujer de Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado sino Naamán, el sirio.»

Al oír estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad para despeñarle. Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó.

(Lc 4,16-30)



La palabra de Yahveh llegó a Elías diciendo: “Levántate, vete a Sarepta de Sidón y establécete allí, pues he ordenado a una mujer viuda de allí que te suministre alimento”. Se levantó y fue a Sarepta. Entraba por la puerta de la ciudad cuando una mujer viuda estaba allí recogiendo leña, Elías la llamó y le dijo: “Tráeme, por favor, un poco de agua en el jarro y beberé”. Ella fue a traérsela, pero le gritó: “Tráeme, por favor, un trozo de pan en tu mano”. Ella respondió: “Vive Yahveh, tu Dios, que no me queda pan cocido, sólo un puñado de harina en el cántaro y un poco de aceite en la alcuza. Estoy recogiendo un par de palos, entraré y prepararé el pan para mí y mi hijo, lo comeremos y luego moriremos”. Pero Elías le dijo: “No temas. Entra y haz como has dicho, pero primero haz para mí una pequeña torta y tráemela. Para ti y tu hijo la harás después. Porque así dice Yahveh, Dios de Israel: “El cántaro de harina no quedará vacío y la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que Yahveh conceda lluvia sobre la superficie de la tierra”. Ella se fue e hizo según la palabra de Elías, y comieron él y ella y su familia. Por mucho tiempo el cántaro de harina no quedó vacío y la alcuza de aceite no se agotó, según la palabra que Yahveh había pronunciado por boca de Elías.

(1Re 17,7-14)

“Yahveh, Dios mío, que vuelva la vida de este niño a su cuerpo”. Yahveh escuchó el grito de Elías y volvió la vida del niño a su cuerpo y revivió. Elías tomó al niño, lo bajó de la habitación de arriba al interior de la casa y lo entregó a su madre. Dijo Elías: “Mira, tu hijo está vivo”. La mujer dijo a Elías: “Ahora sé que eres un hombre de Dios, y que la palabra de Yahveh está de verdad en tu boca”.

(1Re 17,17-24)

Naamán, jefe del ejército del rey de Aram, era hombre notable y muy estimado por su señor, pues por su medio, Dios había concedido la victoria a Aram. Pero este hombre, siendo militar, era leproso. Unas bandas de arameos habían hecho una incursión y habían traído de la tierra de Israel una muchacha que pasó al servicio de la mujer de Naamán. Ella dijo a su señora: “Si mi señor pudiera presentarse ante el profeta que hay en Samaría, Él le curaría de su lepra”. Naamán fue y se lo comunicó a su señor diciendo: “Esto y esto ha dicho la muchacha que procede de la tierra de Israel”. El rey de Aram dijo: “Anda y ve. Yo enviaré una carta al rey de Israel”. Tomó en su mano diez talentos de plata, seis mil siclos de oro y diez vestidos nuevos y llevó al rey de Israel la carta que decía: “Cuando te llegue esta carta sabrás que te envío a mi siervo Naamán, para que lo cures de su lepra”

Cuando el rey de Israel leyó la carta, rasgó sus vestiduras, diciendo: “¿Soy yo Dios para repartir vida y muerte? Este me encarga nada menos que curar a un hombre de su lepra. Daos cuenta y veréis que está buscando querella contra mí”.

Cuando Eliseo, el hombre de Dios oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras, envió a decir al rey: “¿Por qué has rasgado tus vestiduras? Que venga a mí, y sabrá que hay un profeta en Israel”.

Naamán llegó con sus caballos y carros y se detuvo a la entrada de la casa de Eliseo. Éste envió un mensajero a decirle: “Ve y lávate siete veces en el Jordán. Tu carne renacerá y quedarás limpio”. Naamán se puso furioso y se marchó diciendo: “Yo me había dicho: ¡Saldrá seguramente a mi encuentro, se detendrá, invocará el nombre de su Dios, frotará con sus mano mi parte enferma y sanaré de la lepra! El Abaná y el Farfar, los ríos de Damasco ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? ¡Podía bañarme en ellos y quedar limpio!” Se dio la vuelta y se marchó furioso. Sus servidores se le acercaron y le dijeron: “Padre mío, si el profeta te hubiera mandado una cosa difícil, ¿no la habrías hecho? ¡Cuánto más si te ha dicho: Lávate y quedarás limpio!” Bajó, pues, y se bañó en el Jordán siete veces, conforme a la palabra del hombre de Dios. Su carne volvió a ser como la de un niño pequeño, y quedó limpio.

Él y toda su comitiva volvieron ante el hombre de Dios. Al llegar se detuvo ante él y exclamó: “Ahora reconozco que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel”.

(2Re 5,5-15a)

Catequesis 2:

“¿Qué es esto?

– ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad!”

“Los humildes y los pobres buscan agua, pero no la hay. La lengua se les secó de sed. Yo, Yahveh, les responderé. Yo, el Dios de Israel, no los desampararé. Abriré sobre los calveros arroyos y en medio de las barrancas manantiales. Convertiré el desierto en estanques, y la tierra árida en hontanar de aguas”.

(Is 41,17-18)

Al llegar el sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar. Y quedaban asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

(Mc 1,21-22)

Había precisamente en su sinagoga un hombre poseído por un espíritu inmundo, que se puso a gritar: «¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quien eres tú: el Santo de Dios.» Jesús entonces le conminó diciendo: «Cállate y sal de él.» Y agitándole violentamente el espíritu inmundo, dio un fuerte grito y salió del él. Todos quedaron pasmados de tal manera que se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad! Manda incluso a los espíritus inmundos y le obedecen.»

(Mc 1,22-28)

Quedaron todos pasmados y se decían unos a otros: “¡Qué palabra esta! Manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos y salen”.

(Lc 4, 36)

Saliendo de la sinagoga, entró en la casa de Simón. La suegra de Simón estaba con mucha fiebre y le rogaron por ella. Inclinandose sobre ella, conminó a la fiebre; y la fiebre la dejó; ella, levantándose al momento, se puso a servirles.

(Lc 4,38-39)

A la puesta del sol, todos los que tenían enfermos de diversas dolencias se los llevaban; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los curaba. Salían también demonios de muchos, gritando y diciendo: “Tú eres el Hijo de Dios”. Pero el les conminaba y no les permitía hablar, porque sabían que él era el Cristo.

(Lc 4,40-41)

Al amanecer salió y se fue a un lugar solitario. La gente le andaba buscando y, llegando hasta él, trataban de retenerle para que no les dejara. Pero él les dijo: “También a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, porque para esto he sido enviado”. E iba predicando por las sinagogas de Judea.

(Lc 4,42-44)

«El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed la Buena Noticia»

(Mc 1,15)



Catequesis 3:

“Venid Conmigo”

Estaba Él a la orilla del lago de Genesaret y la gente se agolpaba a su alrededor para oír la palabra de Dios, cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas y estaban lavando las redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y sentándose enseñaba desde la barca a la muchedumbre.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: “Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar”. Simón le respondió: “Maestro, hemos estado toda la noche bregando y no hemos pescado nada; pero por tu palabra, echaré las redes” Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban con romperse. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían.

Al verlo, Simón Pedro cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: “Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”, pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban a causa de los peces que habían pescado. Y lo mismo de Santiago y de Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: “No temas. Desde ahora serás pescador de hombres”. Llevaron a tierra la barca y, dejándolo todo, le siguieron.

(Lc 5,1-11)

Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Su fama llegó a toda Siria; y le traían todos los que se encontraban mal con enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los curó.

Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del Jordán.

(Mt 4,23-25)



¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuvieran en ti, no existirían.

Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y deshiciste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz.

(S. Agustín, Confesiones, Libro X, 27)

Cuando se iba de allí, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: “Sígueme”. Él se levantó y le siguió.

(Mt 9,9)

Salió y vio un publicano llamado Leví, sentado en el despacho de los impuestos, y le dijo: “Sígueme”. Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió.

Leví le ofreció en su casa un gran banquete. Había un gran número de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos. Los fariseos y sus escribas refunfuñaban diciendo a los discípulos: “¿Cómo es que coméis y bebéis con los publicanos y los pecadores?”. Les respondió Jesús: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a conversión a los justos, sino a los pecadores”

(Lc 5,27-32)





Catequesis 4:

“Tus pecados quedan perdonados”

Llegan su madre y sus hermanos y, quedándose fuera, le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: “¡Oye!, tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan.” Él les responde: “¿Quién es mi madre y mis hermanos?” Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: “Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.”

(Mc 3,31-35)

Un fariseo le rogó que comiera con él, y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública. Al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume y, poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume.

Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: “Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora.” Jesús le dijo: “Simón, tengo algo que decirte.” Él respondió: “Di, maestro.” “Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará

más? Respondió Simón: “Supongo que aquel a quien perdonó más.”

Él dijo: “Has juzgado bien.” Y, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quién poco se le perdona, poco amor muestra.” Y le dijo a ella: “tus pecados quedan perdonados.”

Los comensales comenzaron a decirse para sí: “¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados?” Pero él le dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz.”

(Lc 7,36-50)

“Jesús, hijo de David,
ten compasión de mí”

(Mc 10,47)

L'unction à Bethanie



Catequesis 5:

“Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”

Muestra tu herida al médico para que puedas ser curado. Él la conoce, aunque tú no la descubras; pero anhela oír tu voz. Limpia con lágrimas tus cicatrices; de este modo hizo desaparecer el pecado y la fetidez de su desvarío aquella mujer del Evangelio, así deshizo su culpa, cuando lavó con lágrimas los pies de Jesús.

¡Ojala, Jesús, reserves también para mí el barro de tus pies, que ensuciaste mientras caminabas por mí! ¡Ojala me ofrezcas las manchas de tus plantas por que yo con mis acciones las estampé en tus pisadas! Pero, ¿dónde encontraré agua viva con la que pueda lavar tus pies? ¡Si no tengo agua, tengo lágrimas, por las que quisiera diluirme, mientras lavo con ellas tus pies!

(San Ambrosio)

Vuelve a casa. Se aglomera otra vez la muchedumbre de modo que no podían comer. Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: «Está fuera de sí.»

Los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: «Está poseído por Beelzebul» y «por el príncipe de los demonios expulsa los demonios.» El, llamándoles junto a sí, les decía en parábolas: «¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede subsistir. Si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no podrá subsistir. Y si Satanás se ha alzado contra sí mismo y está dividido, no puede subsistir, pues ha llegado su fin. Pero nadie puede entrar en la casa del fuerte y saquear su ajuar, si no ata primero al fuerte; entonces podrá saquear su casa. Yo os aseguro que se perdonará todo a los hijos de los hombres, los pecados y las blasfemias, por muchas que éstas sean. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón nunca, antes bien, será reo de pecado eterno.» Es que decían: «Está poseído por un espíritu inmundo.»

Llegan su madre y sus hermanos, y quedándose fuera, le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: «¡Oye!, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan.» El les responde: «¿Quién es mi madre y mis hermanos?» Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: «Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.»

(Mc 3,31-35)

Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

Y entrando, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.»

Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.

El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.» María respondió al ángel:

«¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?»

El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios.»

Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y el ángel dejándola se fue.

(Lc 1,26-38)

*Dios te salve, María,
llena eres de gracia;
el Señor es contigo.
Bendita Tú eres
entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.
Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.
Amén*



Catequesis 6:

“Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede en tu casa”

En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo.

(2 Cor 5,19).

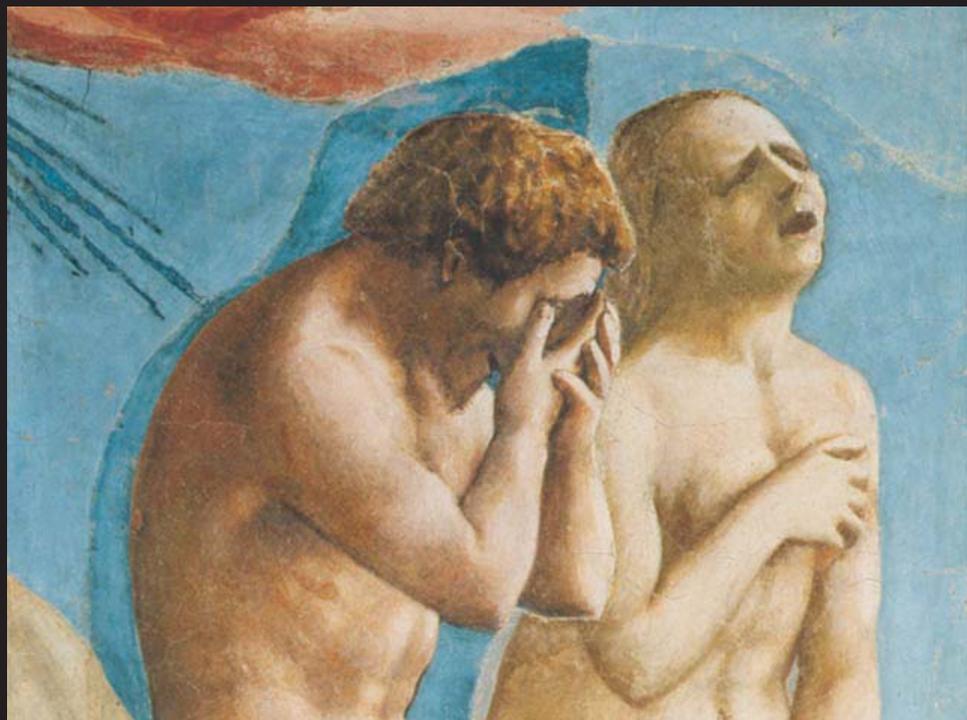
*Quando Israel era niño, lo amé,
y de Egipto llamé a mi hijo.
Cuanto más los llamaba,
más se alejaban de mí:
ofrecían sacrificios a los Baales,
e incienso a los ídolos.
Yo enseñé a caminar a Efraín,
tomándole por los brazos,
pero ellos no sabían que yo los cuidaba.
Con cuerdas humanas los atraía,
con lazos de amor;
yo era para ellos como los que alzan a un niño
contra su mejilla,
me inclinaba hacia él y le daba de comer. [...]
Mi pueblo está acostumbrado a apostatar de mí;
[...]
¿Cómo voy a entregarte, Efraín,
cómo voy a soltarte, Israel?
¿Voy a entregarte como a Admá,
y tratarte como a Seboín?*

*Mi corazón se convulsiona dentro de mí,
y al mismo tiempo se estremecen mis entrañas.
No daré curso al furor de mi cólera,
no volveré a destruir a Efraín,
porque soy Dios, no hombre;
el Santo en medio de ti,
y no vendré con ira.*

(Os 11,1-4.7a.8-9)

*Voy a cantar a mi amigo
la canción de su amor por su viña.
Una viña tenía mi amigo
en un fértil otero.
La cavó y despedregó,
y la plantó de cepa exquisita.
Edificó una torre en medio de ella,
y además excavó en ella un lagar.
Y esperó que diese uvas, pero dio agrazones.
Ahora, pues, habitantes de Jerusalén
y hombres de Judá,
venid y juzgad entre mi viña y yo:
¿Qué más se puede hacer a mi viña que yo no se lo
haya hecho?*

(Is 5,1-4)



Cuando naciste, el día en que viniste al mundo, no se te cortó el cordón, no se te lavó con agua para limpiarte, no se te frotó con sal, ni se te envolvió en pañales. Ningún ojo se apiadó de ti para brindarte alguno de estos menesteres, por compasión a ti. Quedaste expuesta en pleno campo, porque dabas repugnancia, el día en que viniste al mundo.

Yo pasé junto a ti y te vi agitándote en tu sangre. Y te dije, cuando estabas en tu sangre: `Vive', y te hice crecer como la hierba de los campos. Tú creciste, te desarrollaste, y llegaste a la edad núbil. Se formaron tus senos, tu cabellera creció; pero estabas completamente desnuda. Entonces pasé junto a ti y te vi. Era tu tiempo el tiempo de los amores. Extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo -oráculo del señor Dios- y tú fuiste mía. Te bañé con agua, lavé la sangre que te cubría, te ungué con óleo. Te puse vestidos recamados, zapatos de cuero fino, una banda de lino fino y un manto de seda. Te adorné con joyas, puse brazaletes en tus muñecas y un collar a tu cuello. Puse un anillo en tu nariz, pendientes en tus orejas, y una espléndida diadema en tu cabeza. Brillabas así de oro y plata, vestida de lino fino, de seda y recamados. Flor de harina, miel y aceite era tu alimento. Te hiciste cada día más hermosa, y llegaste al esplendor de una reina. Tu nombre se difundió entre las naciones, debido a tu belleza, que era perfecta, gracias al esplendor de que yo te había revestido -oráculo del Señor Dios.

Pero tú te pagaste de tu belleza, te aprovechaste de tu fama para prostituirte, prodigaste tu lascivia a todo transeúnte entregándote a él. Tomaste tus vestidos para hacerte altos de ricos colores y te prostituiste en ellos. Tomaste tus joyas de oro y plata que yo te había dado y te hiciste imágenes de hombres para prostituirte ante ellas. Tomaste tus vestidos recamados y las recubriste con ellos; y

pusiste ante ellas mi aceite y mi incienso. El pan que yo te había dado, la flor de harina, el aceite y la miel con que yo te alimentaba, lo presentaste ante ellas como calmante aroma.

Y sucedió incluso -oráculo del Señor Dios- que tomaste a tus hijos y a tus hijas que me habías dado a luz y se los sacrificaste como alimento. ¿Acaso no era suficiente tu prostitución, que inmolaste también a mis hijos y los entregaste haciéndolos pasar por el fuego en su honor? Y en medio de todas tus abominaciones y tus prostituciones no te acordaste de los días de tu juventud, cuando estabas completamente desnuda, agitándote en tu sangre.

Y para colmo de maldad -¡ay, ay de ti!, oráculo del Señor Dios- te construiste un prostíbulo, te hiciste una altura en todas las plazas. En la cabecera de todo camino te construiste tu altura y allí contaminaste tu hermosura, entregaste tu cuerpo a todo transeúnte y multiplicaste tus prostituciones.

[...]

¡Oh, qué débil era tu corazón -oráculo del Señor Dios- para cometer todas estas acciones, dignas de una prostituta descarada! Cuando te construías un prostíbulo a la cabecera de todo camino, cuando te hacías una altura en todas las plazas, despreciando el salario, no eras como la prostituta. La mujer adúltera, en lugar de su marido, toma ajenos. A toda prostituta se le da un regalo. Tú, en cambio, dabas regalos a todos tus amantes, y los atraías con mercedes para que vinieran a ti de los alrededores y se prestasen a tus prostituciones. Contigo ha pasado en tus prostituciones al revés que con las otras mujeres; nadie andaba solicitando detrás de ti; eras tú la que pagabas, y no se te pagaba: ¡ha sido al revés!

Pues bien, prostituta, escucha la palabra de Dios. Así dice el Señor Dios: Por haber prodigado tu bronce y descubierto tu desnudez en tus prostituciones con tus amantes y con todas tus abominables basuras, por la sangre de tus hijos que les has dado, por esto he aquí que yo voy a reunir a todos los amantes a quienes complaciste, a todos los que amaste y también a los que aborreciste; voy a congrega de todas partes contra ti, y descubriré tu desnudez delante de ellos, para que vean toda tu desnudez. Voy a aplicarte el castigo de las mujeres adúlteras y de las que derraman sangre: te entregaré al furor y a los celos, te entregaré en sus manos, ellos arrasarán tu prostíbulo y demolerán tus alturas, te despojarán de tus vestidos, te arrancarán tus joyas y te dejarán completamente desnuda. Luego, incitarán a la multitud contra ti, te lapidarán, te acribillarán con sus espadas, prenderán fuego a tus casas y harán justicia de ti, a la vista de una multitud de mujeres; yo pondré fin a tus prostituciones, y no volverás a dar salario de prostituta.

[...]

Pero yo me acordaré de mi alianza contigo en los días de tu juventud, y estableceré en tu favor una alianza eterna. Y tú te acordarás de tu conducta y te avergonzarás de ella, cuando acojas a tus hermanas, las mayores y las menores, y yo te las dé como hijas, si bien no en virtud de tu alianza. Yo mismo restableceré mi alianza contigo, y sabrás que yo soy Dios, para que te acuerdes y te avergüences, y no oses más abrir la boca de vergüenza, cuando yo te haya perdonado todo lo que has hecho, oráculo del Señor Dios.»

(Ez 16,4-25; 30-41; 60-63)

Entró en Jericó y cruzaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede en tu casa». Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: «Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador». Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: «Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más». Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abrahán, pues el hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido».

(Lc 19,1-10)



Catequesis 7:

**“Bienaventurados los pobres,
porque vuestro es el Reino de los Cielos”**

Por aquellos días, se fue él al monte a orar y se pasó la noche en la oración de Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también Apóstoles: A Simón, a quien puso el nombre de Pedro, y a su hermano Andrés; a Santiago y Juan, a Felipe y Bartolomé, a Mateo y Tomás, a Santiago de Alfeo y Simón, llamado Zelota; a Judas de Santiago y a Judas Iscariote, que fue el traidor.

Bajó con ellos y se detuvo en un paraje llano; había un gran número de discípulos suyos y gran muchedumbre del pueblo, de toda Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón, que habían venido para oírle y ser curados de sus enfermedades. Y los que eran molestados por espíritus inmundos quedaban curados. Toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos.

(Lc 6,12-19)

Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía:

«Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados.

Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis.

Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo por causa del hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo. Pues de ese modo trataban sus padres a los profetas.

«Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo.

¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre.

¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto.

¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas.

«Pero a vosotros, los que me escucháis, yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. A todo el que te pida, da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames. Y tratad a los hombres como queréis que ellos os traten. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que les aman. Si hacéis bien a los que os lo hacen a vosotros, ¿qué mérito tenéis? ¡También los

pecadores hacen otro tanto! Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente. Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio; entonces vuestra recompensa será grande y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y los perversos.

«Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará. Una medida buena, apretada, remecida, rebosante, pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque con la medida con que midáis se os medirá».

(Lc 6,20-38)

¿Por qué me llamáis: `Señor, Señor' y no hacéis lo que digo?

Todo el que venga a mí y oiga mis palabras y las ponga en práctica, os voy a mostrar a quién es semejante: Es semejante a un hombre que, al edificar una casa, cavó profundamente y puso los cimientos sobre roca. Al sobrevenir una inundación, rompió el torrente contra aquella casa, pero no pudo destruirla por estar bien edificada. Pero el que haya oído y no haya puesto en práctica es semejante a un hombre que edificó una casa sobre tierra, sin cimientos, contra la que rompió el torrente y al instante se desplomó y fue grande la ruina de aquella casa.

(Lc 6,46-49)

*"Tú, Señor, te has convertido en nuestro refugio"
Recurrimos a ti, pues nos irá bien contigo. Con
nosotros nos va mal. Al abandonarte nosotros a ti, tú
nos dejaste en poder de nosotros mismos.
Encontrémonos de nuevo en ti, puesto que habíamos
perecido en nosotros [...]*

*"Tú, Señor, te has convertido en nuestro refugio".
Tú, refugio para alimentar a quienes desertaban de ti;
tú, refugio para levantar y dirigir a tus hijos; tú te has
convertido en nuestro refugio. No nos separaremos de
ti una vez que nos has librado de nuestros males y nos
has llenado de todos tus bienes.*

(San Agustín)



Catequesis 8:

“Si supieras quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él y él te daría agua viva”

Cuando Jesús se enteró de que había llegado a oídos de los fariseos que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan -aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino sus discípulos-, abandonó Judea y volvió a Galilea. Tenía que pasar por Samaría.

Llega, pues, a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua.

Jesús le dice: «Dame de beber.» Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida.

Le dice la mujer samaritana: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?» (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.)

Jesús le respondió: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva.»

Le dice la mujer: «Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob,

que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?»

Jesús le respondió: «Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna.»

Le dice la mujer: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla.»

Él le dice: «Vete, llama a tu marido y vuelve acá.»

Respondió la mujer: «No tengo marido.»

Jesús le dice: «Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad.»

Le dice la mujer: «Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que Jerusalén es el lugar donde se debe adorar.»

Jesús le dice: «Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, ya estamos en ella, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad.»

Le dice la mujer: «Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo desvelará todo.»

Jesús le dice: «Soy yo, el que está hablando contigo.»

En esto llegaron sus discípulos y se sorprendían de que hablara con una mujer. Pero nadie le dijo: « ¿Qué quieres?» o « ¿Qué hablas con ella?»

La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?» Salieron de la ciudad e iban hacia él.

[...]

Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: «Me ha dicho todo lo que he hecho.» Cuando llegaron a él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Y fueron muchos más los que creyeron por sus palabras, y decían a la mujer: «Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.»

(Jn 4,1-30; 39-42)

“¡Oh, todos los sedientos, acudid por agua, también los que no tenéis plata, venid y comprad y comed, sin plata y sin pagar, vino y leche! ¿Por qué gastar plata en lo que no es pan, y vuestro jornal en lo que no da hartura? Hacedme caso y comed cosa buena, y disfrutaréis con algo sustancioso.”

(Is 55,1-2)

Todo lo tenemos en Cristo.

Cristo es todo para nosotros.

Si deseas curar de heridas, es médico.

Si del bochorno de la fiebre, es fuerte.

Si castigar la iniquidad, es justicia.

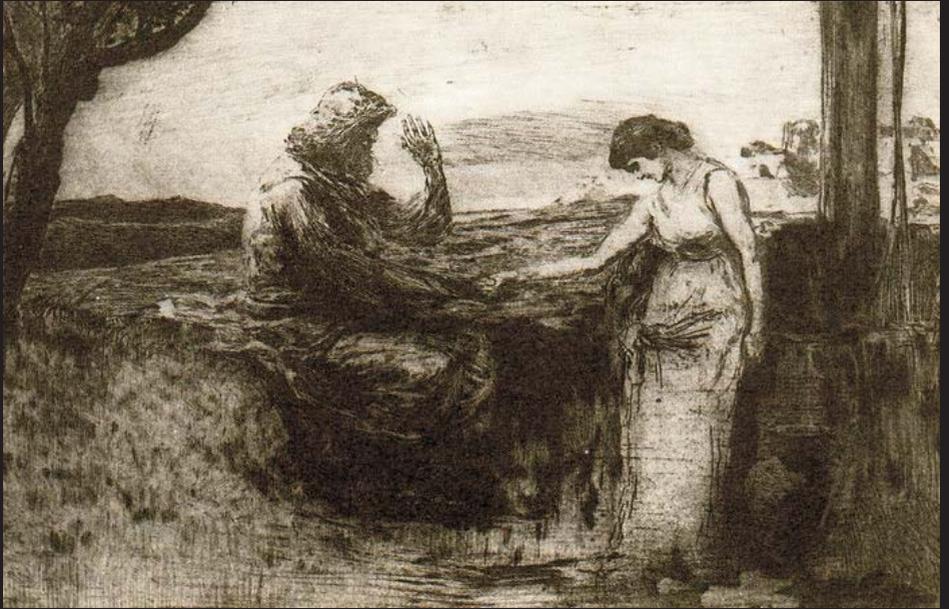
Si tienes necesidad de socorro, es fuerza.

Si temes la muerte, es vida.

Si huyes de las tinieblas, es luz.

Si buscas comida, es alimento.

(San Ambrosio)



Catequesis 9:

“Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”

Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar vio que allí no había más que una barca y que Jesús no había montado en la barca con sus discípulos, sino que los discípulos se habían marchado solos. Pero llegaron barcas de Tiberíades cerca del lugar donde habían comido pan. Cuando la gente vio que Jesús no estaba allí, ni tampoco sus discípulos, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaum, en busca de Jesús.

Al encontrarle a la orilla del mar, le dijeron:

«Rabbí, ¿cuándo has llegado aquí?»

Jesús les respondió:

«En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis, no porque hayáis visto signos, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado. Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os dará el hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello.»

Ellos le dijeron:

«¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?»

Jesús les respondió:

«La obra de Dios es que creáis en quien él ha enviado.»

Ellos entonces le dijeron:

«¿Qué signo haces para que viéndolo creamos en ti? ¿Qué obra realizas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: Pan del cielo les dio a comer.»

Jesús les respondió:

«En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo.»

Entonces le dijeron:

«Señor, danos siempre de ese pan.»

Les dijo Jesús:

«Yo soy el pan de vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed. Pero ya os lo he dicho: Me habéis visto y no creéis. Todo lo que me dé el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré fuera; porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.

Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día.

Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día.»

Los judíos murmuraban de él, porque había dicho: «Yo soy el pan que ha bajado del cielo.» Y decían:

«¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: He bajado del cielo?»

Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: «Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?» [...] Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él.

Jesús dijo entonces a los Doce:

«¿También vosotros queréis marcharos?»

Le respondió Simón Pedro:

«Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.»

(Jn 6, 22-42. 60. 66-69)

Había un cierto enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo.

Las hermanas enviaron a decir a Jesús:

«Señor, aquel a quien tú quieres, está enfermo.»

Al oírlo Jesús, dijo:

«Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.»

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro.

Cuando se enteró de que estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba. Al cabo de ellos, dice a sus discípulos:

«Volvamos de nuevo a Judea.»

Le dicen los discípulos:

«Rabbí, con que hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?»

Jesús respondió:

«¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque no está la luz en él.»

Dijo esto y añadió:

«Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarle.»

Le dijeron sus discípulos:

«Señor, si duerme, se curará.»

Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del descanso del sueño.

Entonces Jesús les dijo abiertamente:

«Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vayamos donde él.»

Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos:

«Vayamos también nosotros a morir con él.»

Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén como a unos quince estadios, y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María para consolarlas por su hermano. Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa.

Dijo Marta a Jesús:

«Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá.»

Le dice Jesús:

«Tu hermano resucitará.»

Le respondió Marta:

«Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día.»

Jesús le respondió:

«Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?»

Le dice ella:

«Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo.»

Dicho esto, fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído:

«El Maestro está ahí y te llama.»

Ella, en cuanto lo oyó, se levantó rápidamente, y se fue donde él. Jesús todavía no había llegado al pueblo; sino que seguía en el lugar donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con María en casa consolándola, al ver

que se levantaba rápidamente y salía, la siguieron pensando que iba al sepulcro para llorar allí. Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo:

«Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.»

Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo:

«¿Dónde lo habéis puesto?»

Le responden:

«Señor, ven y lo verás.»

Jesús se echó a llorar.

Los judíos entonces decían:

«Mirad cómo le quería.»

Pero algunos de ellos dijeron:

«Este, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que éste no muriera?»

Entonces Jesús se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro. Era una cueva, y tenía puesta encima una piedra.

Dice Jesús:

«Quitad la piedra.»

Le responde Marta, la hermana del muerto: «Señor, ya huele; es el cuarto día.»

Le dice Jesús:

«¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?»

Quitaron, pues, la piedra.

Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo:

«Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.»

Dicho esto, gritó con fuerte voz:

«¡Lázaro, sal fuera!»

Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario.

Jesús les dice:

«Desatadlo y dejadle andar.»

Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron donde los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús.

Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían:

«¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación.»

Pero uno de ellos, Caifás, que era el Sumo Sacerdote de aquel año, les dijo:

«Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación.»

Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que, como era Sumo Sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación - y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.

Desde este día, decidieron darle muerte.

(Jn 11,1-53)



Catequesis 10:

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

*¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?
Estás lejos de mi queja, de mis gritos y gemidos.
Clamo de día, Dios mío, y no respondes,
también de noche, sin ahorrar palabras.
¡Pero tú eres el Santo, entronizado
en medio de la alabanza de Israel!
En ti confiaron nuestros padres,
confiaron y tú los libraste;
a ti clamaron y se vieron salvos,
en ti confiaron, y nunca quedaron confundidos.
Yo en cambio soy gusano, no hombre,
vergüenza del vulgo, asco del pueblo;
todos cuantos me ven de mí se mofan,
tuercen los labios y menean la cabeza:
«Se confió a Dios, ¡pues que lo libre,
que lo salve si tanto lo quiere!».
Fuiste tú quien del vientre me sacó,
a salvo me tuviste en los pechos de mi madre;
a ti me confiaron al salir del seno,
desde el vientre materno tú eres mi Dios.
¡No te alejes de mí, que la angustia está cerca,
que no hay quien me socorra!
Novillos innumerables me rodean,
me acosan los toros de Basán;
ávidos abren contra mí sus fauces,
como leones que desgarran y rugen.*

Como agua me derramo,
mis huesos se dislocan,
mi corazón, como cera,
se funde en mis entrañas.
Mi paladar está seco como teja
y mi lengua pegada a mi garganta:
tú me sumes en el polvo de la muerte.
Perros sin cuento me rodean,
una banda de malvados me acorrala;
mis manos y mis pies vacilan,
puedo contar mis huesos.
Ellos me miran y remiran,
reparten entre sí mi ropa
y se echan a suertes mi túnica.
Pero tú, Dios, no te alejes,
corre en mi ayuda, fuerza mía,
libra mi vida de la espada,
mi persona de las garras de los perros;
sálvame de las fauces del león,
mi pobre ser de los cuernos del búfalo.
(Sal 22, 2-22)



Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, con los que hicieron cuatro lotes, un lote para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo. Por eso se dijeron: «No la rompamos; sino echemos a suertes a ver a quién le toca.» Para que se cumpliera la Escritura: «Se han repartido mis vestidos, han echado a suertes mi túnica.»

Y esto es lo que hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice:

«Tengo sed.»

Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: «Todo está cumplido.» E inclinando la cabeza entregó el espíritu.

Los judíos, como era el día de la Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado - porque aquel sábado era muy solemne- rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con él. Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: «No se le quebrará hueso alguno.» Y también otra Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron.»

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo. Fue también Nicodemo -aquel que anteriormente había ido a verle de noche- con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar. En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado. Allí, pues, porque era el día de la Preparación de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.

(Jn 19, 23-42)





Catequesis 11:

**“Doy mi vida, para recobrarla de nuevo.
Nadie me la quita;
yo la doy voluntariamente.
Tengo poder para darla
y poder para recobrarla de nuevo?”**

*He aquí que prosperará mi Siervo,
será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera.
Así como se asombraron de él muchos,
pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre,
ni su apariencia era humana,
otro tanto se admirarán muchas naciones;
ante él cerrarán los reyes la boca,
pues lo que nunca se les contó verán,
y lo que nunca oyeron reconocerán.
¿Quién dio crédito a nuestra noticia?
Y el brazo de Dios ¿a quién se le reveló?
Creció como un retoño delante de él,
como raíz de tierra árida.
No tenía apariencia ni presencia;
le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar.
Despreciado, desecho de los hombres,
hombre doliente y conocedor de dolencias,
como de taparse el rostro por no verle.
Despreciable, y no le tuvimos en cuenta.
¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba
y nuestros dolores los que soportaba!
Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado.
Él ha sido herido por nuestras rebeldías,
molido por nuestras culpas.*

Él soportó el castigo que nos trae la paz,
y con sus cardenales hemos sido curados.
Todos nosotros como ovejas erramos,
cada uno marchó por su camino,
y Dios descargó sobre él la culpa de todos nosotros.

Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca.
Como un cordero al degüello era llevado,
y como oveja, que ante los que la trasquilan
está muda, tampoco él abrió la boca.
Tras arresto y juicio fue arrebatado,
y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa?
Fue arrancado de la tierra de los vivos;
por las rebeldías de su pueblo ha sido herido;
y se puso su sepultura entre los malvados
y con los ricos su tumba,
por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca.
Mas le pareció bien a Dios quebrantarle con dolencias.
Si se da a sí mismo en expiación,
verá descendencia, alargará sus días,
y lo que plazca a Dios se cumplirá por su mano.
Por las fatigas de su alma,
verá luz, se saciará.
Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos,
y las culpas de ellos él soportará.
Por eso le daré su parte entre los grandes
y con poderosos repartirá despojos,
ya que indefenso se entregó a la muerte
y con los rebeldes fue contado,
cuando él llevó el pecado de muchos,
e intercedió por los rebeldes.

(Is 52,13 – 53,12)



Comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!»

(Mt 16,21)

Yendo un día, juntos por Galilea, les dijo Jesús: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; le matarán, y al tercer día resucitará.» Y se entristecieron mucho.

(Mt 17,22-23)

Cuando iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomó aparte a los Doce, y les dijo por el camino: «Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, para burlarse de él, azotarle y crucificarle, y al tercer día resucitará.»

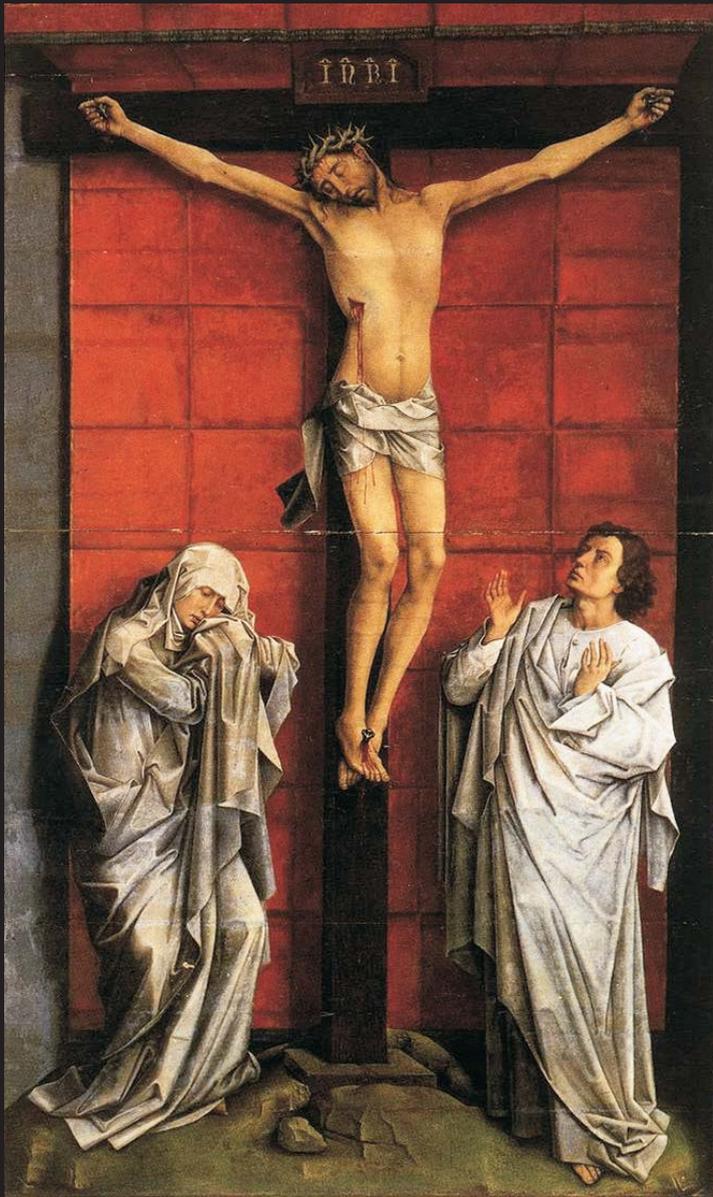
(Mt 20,17-19)

Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles y les dijo: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios.»

(Lc 22,14-16)

Tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en conmemoración mía.» De igual modo, después de cenar, tomó la copa, diciendo: «Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros».

(Lc 22,19-20)



Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice:

«Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo.»

Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así:

«Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú.»

Viene entonces a los discípulos y los encuentra dormidos; y dice a Pedro:

«¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil.»

Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así:

«Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad.»

Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados. Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras.

(Mt 26, 37-44)

Yo soy el buen pastor;
y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí,
como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre
y doy mi vida por las ovejas.

*También tengo otras ovejas, que no son de este redil;
también a éstas las tengo que conducir
y escucharán mi voz;
y habrá un solo rebaño, un solo pastor.
Por eso me ama el Padre,
porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo.
Nadie me la quita;
yo la doy voluntariamente.
Tengo poder para darla
y poder para recobrarla de nuevo;
esa es la orden que he recibido de mi Padre.»
(Jn 10, 14-18)*

*“Aun siendo Hijo, por los padecimientos aprendió la
obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en
causa de salvación eterna para todos los que le
obedecen”*

(Hb 5,8-9)

*“Entérate ahora cómo esta victoria fue lograda
sin esfuerzo ni sudor por nuestra parte. Nosotros no
tuvimos que ensangrentar nuestras armas, ni resistir
en la batalla, ni recibir heridas, ni tan siquiera vimos
la batalla, y, con todo, obtuvimos la victoria; fue el
Señor quien luchó, y nosotros quienes hemos sido
coronados.”*

(San Juan Crisóstomo)

Catequesis 12:

“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”

*Voy a cantar a mi amigo
la canción de su amor por su viña.
Una viña tenía mi amigo
en un fértil otero.
La cavó y despedregó,
y la plantó de cepa exquisita.
Edificó una torre en medio de ella,
y además excavó en ella un lagar.
Y esperó que diese uvas, pero dio agrazones.
Ahora, pues, habitantes de Jerusalén
y hombres de Judá,
venid y juzgad entre mi viña y yo:
¿Qué más se puede hacer a mi viña que yo no se lo
haya hecho?*

(Is 5,1-4)

“Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí”

(Ex 19,4).

“Desde el cielo te ha hecho oír su voz para instruirte... Porque amó a tus padres y eligió a su descendencia después de ellos, te sacó de Egipto personalmente con gran fuerza, desalojó ante ti a naciones más numerosas y fuertes que tú, te introdujo en su tierra y te la dio en herencia, como la tienes hoy.”

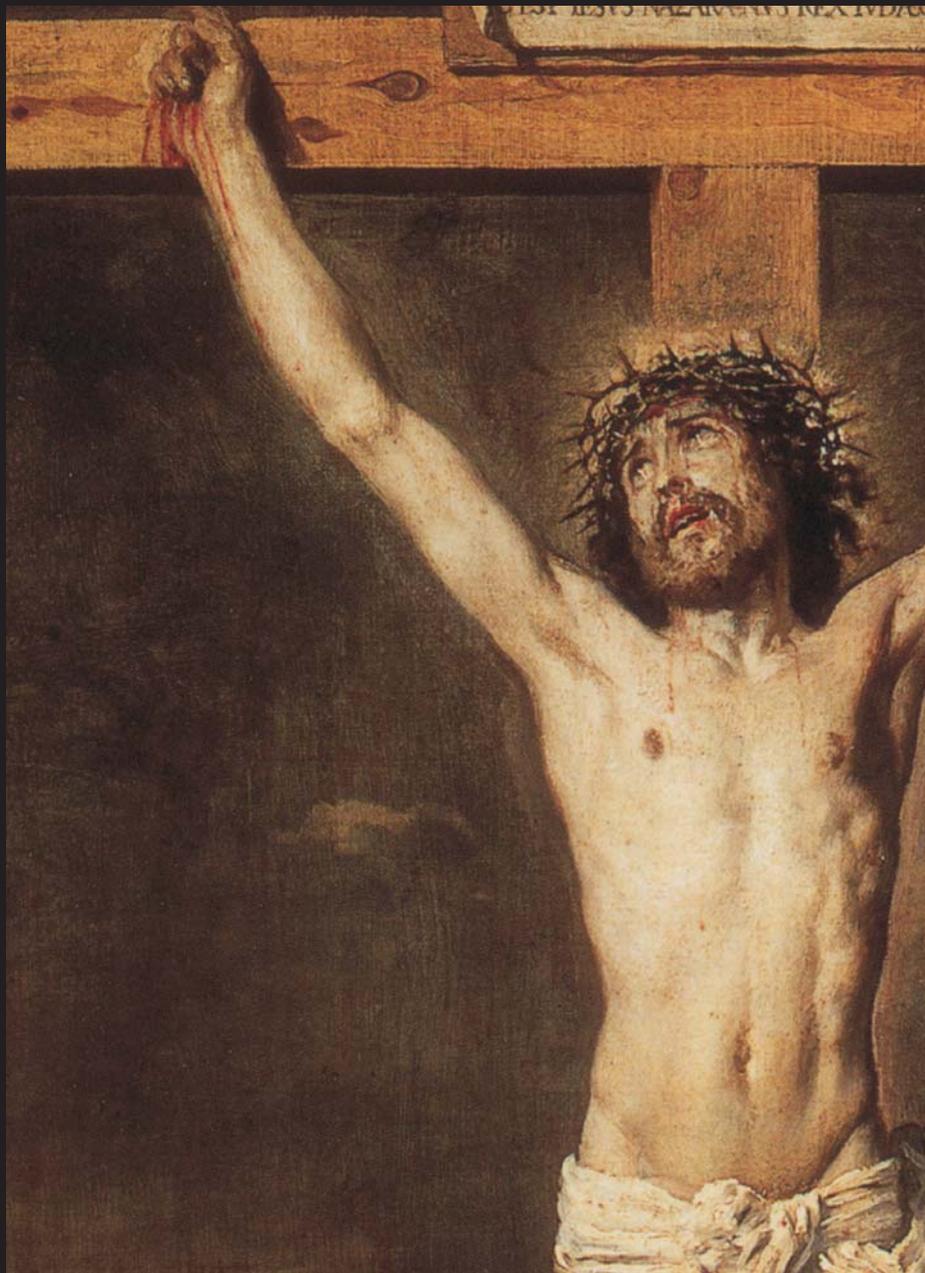
(Dt 4,36.37-38).

“No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha encariñado Dios de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por el juramento hecho a vuestros padres, por eso os ha sacado Dios con mano fuerte y os ha liberado de la casa de servidumbre, del poder de Faraón, rey de Egipto. Has de saber, pues, que tu Dios es el Dios verdadero, el Dios fiel que guarda la alianza y el amor por mil generaciones a los que le aman.”

(Dt 7,7-9)

“Con amor eterno te he amado, por eso he reservado gracia para ti”

(Jr 31,3)



“Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros... Nadie tiene amor más grande que el que da que el que da la vida por sus amigos”

(Jn 15,9.13)

“¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin complacerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque éstas llegasen a olvidar, yo no te olvido. Míralo, en las palmas de mis manos te llevo tatuada.”

(Is 49,15-16)

“¡Oh vosotros, los sedientos, venid por agua, también los que no tenéis dinero.

Venid, comprad y comed pan.

¡Sin dinero y sin pagar, vino y leche!

¿Por qué gastar dinero en lo que no es pan, y vuestro jornal en lo que no sacia?

Hacedme caso y comed lo mejor,

y os deleitareis con manjares succulentos.

Dadme oídos y venid a mí,

escuchadme y vivirá vuestra alma”

(Is 55, 1-3a)

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”

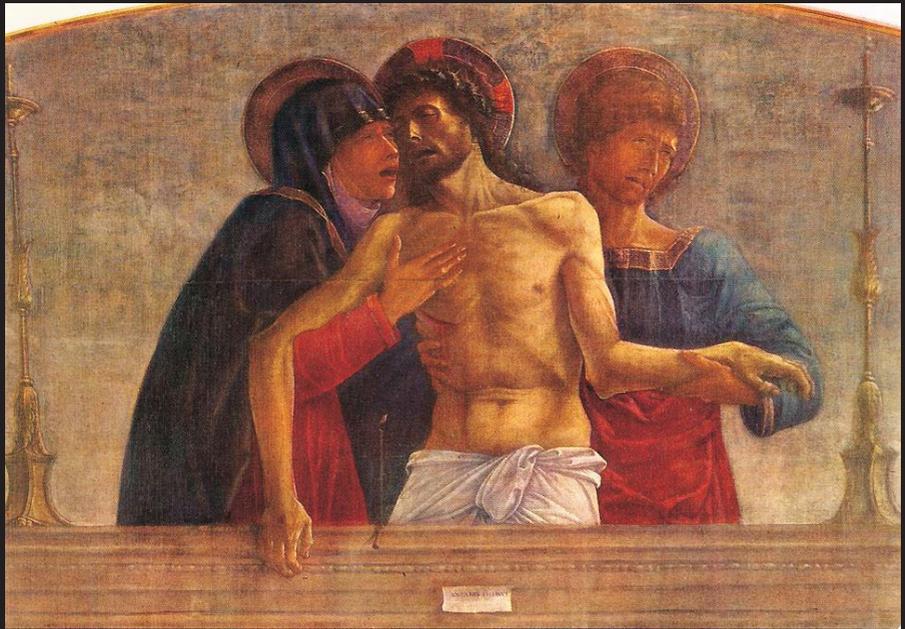
(Jn 13,1)

*“Ponme como un sello en tu corazón,
como un sello en tu brazo.
Porque es fuerte el amor como la muerte,
implacable la pasión como el seol.
Flechas de fuego sus flechas,
una llama de Dios.
No pueden los torrentes apagar este amor,
ni los ríos anegarlo.
Si alguien quisiera comprar este amor con todos los
bienes de su casa,
se granjearía el desprecio.”*

(Ct 8,6-7)

*“Me robaste el corazón, hermana mía, novia mía,
me robaste el corazón con una mirada tuya. ...
¡Qué hermosos tus amores,
hermana mía, novia mía!
¡Qué sabrosos tus amores!”*

(Ct 4,9-10)



“Cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos. En verdad, apenas habrá quién muera por un justo; por un hombre de bien quizá alguien se atreviera a morir. Mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros... Sí, cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo...”

(Rm 5,6-10)

“Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien, le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él, graciosamente, todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es quién justifica ¿quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió, más aún el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, y que intercede por nosotros?

*¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación? ¿la angustia? ¿la persecución? ¿el hambre? ¿la desnudez? ¿los peligros? ¿la espada?
[...]*

Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.”

(Rm 8,31-39)

“Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es mas sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres”.

(1Cor 1,22-25)



Catequesis 13:

“Palpadme y ved que no soy un fantasma”

“Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo. Fue también Nicodemo -aquel que anteriormente había ido a verle de noche- con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar. En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado. Allí, pues, porque era el día de la Preparación de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús”.

(Jn 19,38-42)

El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro. Echa a correr y llega a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús quería y les dice: «Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.»

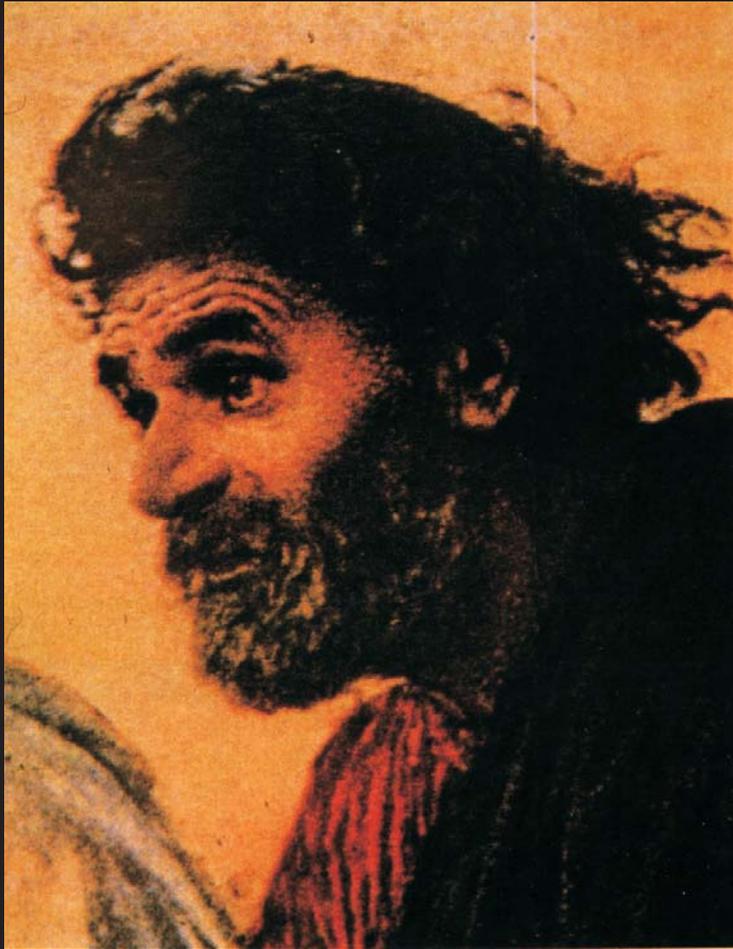
Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y

vio los lienzos en el suelo; pero no entró. Llega también Simón Pedro siguiéndole, entra en el sepulcro y ve los lienzos en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a los lienzos, sino plegado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos. Los discípulos, entonces, volvieron a casa.

(Jn 20,1-10)

Estaba María junto al sepulcro fuera llorando. Y mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Le dicen ellos: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella les respondió: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.» Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.» Jesús le dice: «María.» Ella se vuelve y le dice en hebreo: «Rabbuní -que quiere decir: «Maestro»-. Le dice Jesús: «Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre. Pero vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.» Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: «He visto al Señor» y que había dicho estas palabras.

(Jn 20,11-18)





Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.»

Dicho esto, sopló y les dijo:

«Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.»

Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con vosotros.» Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.»

Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío.»

Le dice Jesús: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que crean sin haber visto.»

(Jn 20,19-30)

“... Él se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» Sobresaltados y asustados creían ver un fantasma. Pero él les dijo: «¿Por qué os turbáis? ¿Por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un fantasma no tiene carne y huesos como veis que yo tengo.» Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Cómo no acababan de creérselo a causa de la alegría y estaban asombrados, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?» Ellos le ofrecieron un trozo de pescado. Lo tomó y comió delante de ellos.”

(Lc24, 36-43)

«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros, todos los días hasta el fin del mundo.»

(Mt 28,18-20)



SECUENCIA DE PASCUA

*Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la víctima
propicia de la Pascua.*

*Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.*

*Lucharon vida y muerte
en singular batalla
y muerto el que es la Vida
triumfante se levanta.*

*“¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?”
“-A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,*

los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
*¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!*

*Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua”.*

*Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.*

*Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa.*

Amén.

Catequesis 14:

**“Aquel a quien vosotros matasteis,
ha resucitado”**

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido, una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.

Había en Jerusalén hombres piadosos, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: «¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa? Partos, medos y elamitas; los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene; forasteros romanos, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Todos estaban estupefactos y perplejos y se decían unos a otros: «¿Qué significa esto?» Otros, en cambio, decían riéndose: «¡Están llenos de mosto!»

Entonces Pedro, presentándose con los Once, levantó la voz y les dijo: «Judíos y todos los que vivís en Jerusalén: Que os quede esto bien claro y prestad atención a mis palabras: Éstos no están borrachos, como vosotros suponéis, pues es la hora tercia del día, sino que es lo que dijo el profeta:

*Sucedirá en los últimos días, dice Dios:
Derramaré mi Espíritu sobre todo mortal
y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas;
vuestros jóvenes verán visiones
y vuestros ancianos soñarán sueños.
Y también sobre mis siervos y sobre mis siervas
derramaré mi Espíritu.*

*Haré prodigios arriba en el cielo
y signos abajo en la tierra.*

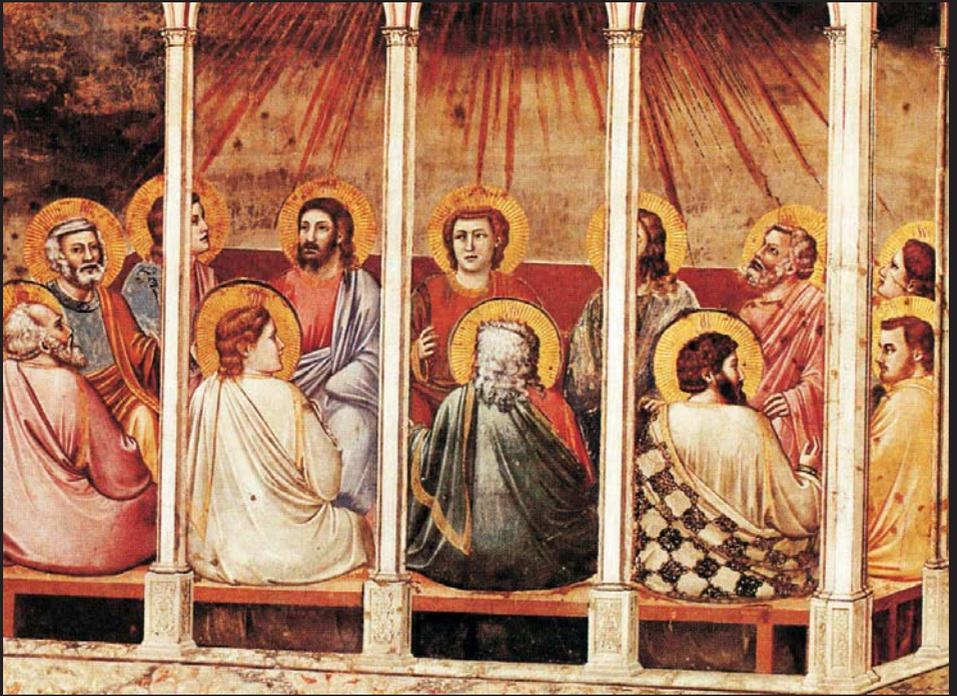
*El sol se convertirá en tinieblas,
y la luna en sangre,*

antes de que llegue el Día grande del Señor.

Y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará.

«Israelitas, escuchad estas palabras: A Jesús, el Nazareo, hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por su medio entre vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de unos impíos; a éste Dios le resucitó librándole de los lazos del Hades, pues no era posible que lo retuviera bajo su dominio; porque David dice refiriéndose a él:

*Veía constantemente al Señor delante de mí,
puesto que está a mi derecha para que no vacile.
Por eso se ha alegrado mi corazón
y alborozado mi lengua,*



y hasta mi carne reposará, en la esperanza
de que no abandonarás mi alma en el Hades
ni permitirás que tu santo experimente la
corrupción.

Me has hecho conocer caminos de vida,
me llenarás de gozo con tu presencia.

«Hermanos, permitidme que os diga con toda
franqueza que el patriarca David murió y fue sepultado
y su tumba permanece entre nosotros hasta el presente.
Pero como él era profeta y sabía que Dios le había
asegurado con juramento que se sentaría en su trono
uno de su linaje, vio el futuro y habló de la resurrección
de Cristo, que ni fue abandonado en el Hades ni su
carne experimentó la corrupción. A este Jesús Dios le
resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. Así
pues, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del
Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado;
esto es lo que vosotros veis y oís. Pues David no subió a
los cielos y sin embargo dice:

Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra
hasta que ponga a tus enemigos
por escabel de tus pies.

«Sepa, pues, con certeza todo Israel que Dios ha
constituido Señor y Cristo a ese Jesús a quien vosotros
habéis crucificado.»

Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?» Pedro les contestó: «Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para perdón de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo; pues la Promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor Dios nuestro». Con otras muchas palabras les conjuraba y les exhortaba: «Poneos a salvo de esta generación perversa». Así pues, los que acogieron su palabra fueron bautizados. Y aquel día se les unieron unas tres mil personas.

Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones.

Pero el temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y signos.

Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.

Acudían diariamente al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la simpatía de todo el pueblo. Por lo demás, el Señor agregaba al grupo a los que cada día se iban salvando.

(Hch 2,1-47)



SECUENCIA DE PENTECOSTÉS

*Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.*

*Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.*

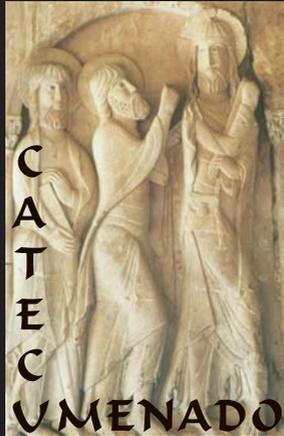
*Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.*

*Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.*

*Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.*

Amén.

Diócesis de



C
A
T
E
C

UMENADO

G
e
t
a
f
e